

CASTELLS, Luis; MOLINA, Fernando (eds.),  
*Lecturas de la violencia vasca. Un pasado presente*

Madrid, Instituto de Historia Social Valentín de  
Foronda-Los Libros de La Catarata, Vitoria-Madrid,  
2022, 206 pp.

Juan Sisinio Pérez Garzón

Universidad de Castilla-La Mancha, España

[Juansisinio.perez@uclm.es](mailto:Juansisinio.perez@uclm.es)

<https://orcid.org/0000-0002-4909-6264>

Cómo citar esta reseña: PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2023). Castells, Luis; Molina, Fernando (eds.), *Lecturas de la violencia vasca. Un pasado presente. Pasado y Memoria* (27), pp. 308-312, <https://doi.org/10.14198/pasado.23440>

Este libro es excepcional por tres razones. Ante todo, porque sus doscientas páginas condensan los vastos saberes amasados por once destacados especialistas en historia, sociología y cultura contemporánea del País Vasco. En segundo lugar, ese pluralismo de enfoques, planteados desde distintas disciplinas, se concatena de modo extraordinariamente coherente en torno al papel de la violencia de ETA en la sociedad vasca. Por último, la densidad de los argumentos de cada capítulo se expresa en todos los casos con un estilo tan sencillo y ágil que cabe adelantar la conclusión de que la lectura de este libro resulta obligada para quien desee conocer claves decisivas del presente social, cultural y político tanto vasco como español.

En efecto, a los autores les preocupa una cuestión de enorme trascendencia ciudadana: «por qué la violencia nacionalista prendió con tanta intensidad» en el País Vasco; por qué se vivió con «indiferencia ante el sufrimiento», y cómo esa atonía social y política se fraguó con «el uso perverso de las palabras»,

con «un lenguaje confuso y huidizo». Es significativo a este respecto el primer capítulo, donde Ana Aizpiri, periodista de familia plenamente vasca, ofrece el escalofriante testimonio de quien experimentó en 1988 «la calamidad» de la violencia de ETA al ver «la sangre seca en la comisura de los labios» de su hermano asesinado por ser empresario opuesto a la extorsión económica de tal banda. Los efectos de «miedo y omertá» calaron en toda la sociedad en plena democracia y así lo confirma Lourdes Oñederra, catedrática y académica de Euskaltzaindía, que detalla cómo «entre todas, entre todos contribuimos al enrocamiento del terrorismo, a dejar solas a las víctimas como si no formaran parte de nuestras ciudades» y cómo Gesto por la Paz de Euskal Herria desplegó una decisiva labor de concienciación desde 1985.

Sin duda, la indiferencia o el apoyo a los violentos contó con creadores de relatos entre los que se encuentran en primera fila los periodistas, como explica Lourdes Pérez. El lenguaje crea realidades y, por tanto, «hace la historia», pero subraya muy certeramente que, si el periodismo estuvo tensionado por el terror, no por eso hay que olvidar que hubo periodistas que, por encima del miedo a duras represalias, contaron lo que ocurría sin camuflar ni trampear los hechos. Ahora bien, la violencia no solo intimida y espanta, sino que simultáneamente ejerce en demasiados casos «una extraordinaria capacidad de seducción», palabras de Eduardo Madina y Borja Sémper que encabezan el análisis de Luis Castells sobre «la atracción del mal». Son páginas de formidable lucidez de las que se desprende una posible conclusión nada optimista al constatar que persiste la fascinación por la violencia en un amplio sector de la sociedad vasca, aunque formalmente nadie defiende que sea hoy una táctica política necesaria.

Llegados a este punto, Luis R. Aizpeolea, curtido y juicioso analista político, descifra el rompecabezas del zigzagante proceso del final de ETA, una síntesis imprescindible para la historia de tan prolongada persistencia de la violencia durante la democracia. Por su parte, la politóloga Izaskun Sáez de la Fuente aporta dos dimensiones bastante menos conocidas: por un lado, la presencia significativamente minoritaria de mujeres en ETA, casi absolutamente masculinizada, y, por otro, en contrapartida, el enérgico liderazgo de las mujeres en las asociaciones surgidas tanto para defender a las víctimas del terror como para impulsar fórmulas pacifistas. Son páginas de dolor. Se apoyan en testimonios de las propias mujeres, incluyendo el análisis de la conmoción producida por el asesinato de Yoyes que dejó por escrito sus temores tras apartarse de la cúpula de ETA y pasar a ser considerada traidora y ejecutada con crueldad ante los ojos de su hijo de 3 años. Se subraya sobre todo el calvario social y el pavoroso vacío humano que padecieron las viudas de los integrantes de las fuerzas de seguridad, que ni podían llorar. Muchas se sobrepusieron sin prolongar la

estela del odio, pero hubo casos de suicidio por los pánicos tan insufribles que las marcaron. También se recupera el valor de M.<sup>a</sup> Teresa Castells que, contra todo tipo de acoso, incluyendo el atentado que sufrió con su marido, J. Ramón Recalde, logró mantener abierto un espacio de libertad tan valioso como su librería. Con idéntico arrojo, se mantuvieron firmes las mujeres que lucharon por los derechos de las víctimas de la violencia desde 1981. Otros historiadores las han definido como «la resistencia visible» y «damas de la memoria» e Izaskun Sáez de la Fuente las considera la dimensión valiente de un legado contracultural típicamente pacifista sobre todo desde el activismo de Gesto por la Paz que no solo defendió los derechos de las víctimas, sino que propulsó la deslegitimación de la violencia.

En el siguiente capítulo, tres especialistas, Bárbara Loyer, F. Javier Merino y Martín Alonso, exponen un asunto tan contradictorio como sorprendente: la significación de las instituciones y ciudadanos de Francia en este dramático capítulo de la historia de España. Contradictorio por la tardía y premiosa colaboración de las instituciones francesas con la joven democracia española para dismantelar los movimientos de ETA al otro lado de los Pirineos, que solo cambió de modo eficaz desde 1996. Y sorprendente por la perseverancia de grupos de franceses que siguen arrojando en la actualidad el argumentario justificativo de la violencia con un uso equívoco y turbio de las ideas de diálogo, convivencia y derechos humanos. Sin duda, la tardanza en colaborar las instituciones puede considerarse un factor que ampare dicha persistencia entre sectores de ciudadanos franceses de que ETA expresaba la «voluntad democrática» del pueblo vasco. Es revelador que propaguen la idea de un conflicto entre cuatro actores: los Estados español y francés, los políticos, los actores sociales y una «sociedad civil en su conjunto» en cuyo nombre dicen actuar a sabiendas de que en el Sur de Francia carecen de fuerza los nacionalistas. A esto se suma que existen importantes intelectuales catalogados de izquierdas, como T. Negri, E. Balibar o A. Badiou, que siguen pensando que ETA luchó por la libertad...

Trampas analíticas como la de estos pensadores son las que desmonta Fernando Molina en el capítulo 8 del libro. En un preámbulo penetrante sintetiza las distintas explicaciones académicas y políticas existentes sobre las causas de la violencia de ETA, con referencias básicas a los distintos momentos y autores. En todos constata la misma preocupación: encontrar el *porqué* de la violencia e interpretar sus «causas». F. Molina cambia las preguntas y apuesta por investigar y explicar el *qué*: quiénes han practicado la violencia, cómo, «con qué estrategias discursivas, con qué fines políticos, contra quiénes y en beneficio de quiénes». Con tales preguntas de investigación desmonta los

anclajes que han permitido justificar ética y políticamente la «mística de la sangre», esto es, «el tiro en la nuca» de ETA. Contradice los conceptos y temporalidades teleológicas, si la violencia fue revolucionaria o nacionalista, para considerar que fue más que la simple práctica «terrorista» de grupos armados clandestinos.

Fernando Molina apunta al contexto de los cambios socioeconómicos ocurridos en el País Vasco entre las décadas de 1950 y 1970 cuando un nuevo grupo social, el de las «clases medias urbanas procedentes del mundo rural, que ostentaban un gran poder carismático debido a su condición *euskaldun*, se implicó en un proceso de nacionalización mediante la violencia o el activismo cultural y político». Su tesis es rotunda: este grupo refundó el nacionalismo vasco luchando contra la represión franquista y defendiendo la lengua propia, mitificó el campesinado *euskaldun*, construyó una industria de la identidad y convirtió la práctica de la violencia en una «fuerza generativa» de nación. De este modo, «desde 1968 el asesinato fue un exitoso instrumento nacionalizador». Aunque perpetrados por comandos minoritarios, esta violencia fue arropada por grupos ciudadanos de un extenso calado social que incluyeron a colaboradores, inductores, mediadores y espectadores complacientes. Por eso sostiene F. Molina que la categoría de terrorismo como única categoría oculta «comportamientos que fueron esenciales para que [la violencia de ETA] alcanzara el grado de performatividad y de modelaje de la realidad» constatable en las rutinas, fiestas y usos de los espacios públicos en la vida cotidiana de las poblaciones. Reivindica a este respecto el uso de nuevos conceptos como el de «comunidades de violencia» o «(sub)estados nacionalizadores» para definir lo que queda fuera del concepto de «terrorismo». Serían, por tanto, «nuevas palabras para perseguir nuevos (viejos) fantasmas».

Cierra, en consecuencia, el libro Imanol Zubero, sociólogo e impulsor de Gesto por la Paz de Euskal Herria, con propuestas de lecturas para «salir del ensimismamiento cotidiano» y despertar del sonambulismo y del analfabetismo funcional existente en torno a la violencia practicada por ETA. Subraya así el propósito general de una obra concebida no solo para conocer lo que ocurrió sino sobre todo para examinar imaginarios románticos, responsabilidades colectivas, silencios sociales e incluso «el flirteo que muchos tuvieron con el terror». Porque, en efecto, como todo proceso histórico, «nada estaba 'escrito'». El libro de la violencia fue escrito gracias a la indiferencia moral, el miedo y una manifiesta falta de empatía por el dolor ajeno», como exponen con firmeza Luis Castells y Fernando Molina en su introducción. Prefieren usar no tanto la noción de «banalidad» que Hannah Arendt aplicó al Holocausto, sino más bien la «cotidianización de la violencia» que normalizó en los espacios públicos del

País Vasco la exaltación de la violencia y la cultura del terror, con la connivencia de las instituciones. En semejante «irreflexión» estuvo el peor daño social y ambos editores concluyen, con abierto pesimismo, que «el final de ETA no necesariamente ha predisuesto a su pérdida». Por eso mismo, para detener y truncar esa «irreflexión» se ha editado este libro.